

EL ARTE DEL ORO EN COLOMBIA

Por: JAIME JARAMILLO ARANGO.
ex-Ministro de Educación Nacional

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 3 y 4, Volumen XII
Tercer y Cuarto Trimestres de 1954*

Como es conocido, la mayor parte de los utensilios y oficios que, en el curso de las edades prehistóricas, cuando aún se encontraba en la infancia y emergía lentamente del misterio de su origen hacia la civilización, el hombre fue progresivamente creando, fueron puramente utilitarios e indispensables a su preservación. Fue solo una vez asegurada su existencia, y adquirida la estabilidad de su vida, que él tuvo ocasión de decorar los muros de sus cuevas y de engalanarse a sí mismo. A partir de este momento, obligado a satisfacer un gusto de una exigencia creciente, a expresar ideas y sentimientos cada vez más y más variados, la evolución humana, a través de los siglos, fue desarrollándose en el mundo antiguo, llegando a sublimarse en civilizaciones y en imperios que florecieron mucho antes de nuestra era: el Chersoneso Dorado, Persia, Egipto, Grecia, Roma, etc.

A la par de los viejos continentes, idénticamente la misma evolución tenía lugar en un continente que, hasta su redescubrimiento por los españoles, se encontraba más allá de los mares, bañado por los rayos del sol poniente.

El origen de los habitantes de este nuevo continente da cabida a toda suerte de hipótesis, bien que, reliquias etnológicas, rasgos antropológicos, analogías lingüísticas y similitudes ceremoniales, supersticiosas, rituales e idolátricas parecen asignarles un origen asiático.

Cuando la Conquista Española los habitantes del Nuevo Mundo habían alcanzado un elevado grado

de civilización, el cual tuvo su apogeo en varias de las civilizaciones que se extendían del norte al sur del nuevo hemisferio. Entre ellas las más sobresalientes fueron las de los Mayas, los Aztecas, los Chibchas, los Quimbayas y los Incas, Cada una de estas se distinguió por el cultivo y desarrollo a la perfección de ciertas artes o de ciertas variedades de artes. Es así que, como sabemos, si bien, por ejemplo, el arte de la «Alfarería» se extendió a todo el continente habitado, fue en el Perú en donde vino a alcanzar el más alto grado de calidad de la pasta y de la belleza de formas, colores y dibujo. Bien que justamente renombrado por sus trabajos en oro, la «Orfebrería» no alcanzó nunca en este último país el grado de perfección y de importancia alcanzados en ella en los Imperios Quimbaya y Chibcha y en las civilizaciones que éstos influenciaron (Norte del Ecuador, Sinúes, Chocó, Coclé, Chiriquí, Costa Rica, etc.). Y si el trabajo del oro alcanzó su apogeo en Colombia, durante el último período Inca el Ecuador nos da utensilios en bronce casi desconocidos arriba de la línea ecuatorial, y Bolivia nos deja obras maestras, casi únicas, en el trabajo de la plata. El arte de incrustar los metales con piedras preciosas y semipreciosas alcanzó su más alto grado de perfección en México. Ello, naturalmente, sin hacer mención a la prodigiosa obra cumplida en México y en el Perú en el arte arquitectural y en el arte del tejido, y el no menos prodigioso conocimiento que de la Astronomía tuvieron los Mayas.

Al lado de estos vastos imperios, por otra parte, existieron Comunidades más reducidas que, si bien menos extendidas y poderosas, no por ello dejaron de ser ricas e industriosas. De estas comunidades, las unas, de temperamento guerrero, vivían especialmente de la caza; las otras, apacibles, se dedicaban particularmente a la agricultura. También estas han dejado huella imprecionada de su paso en la corriente continua de la evolución humana. En cuanto concierne a la agricultura, hemos ya señalado, bien conocido es que el maní, el maíz, la papa, el tomate, el cacao, la quina, el tabaco, el caucho, etc., son apenas unos de los productos con que el Nuevo Mundo ha contribuido al desarrollo y bienestar del hombre.

A pesar de las dificultades del terreno y de las distancias que les separaban, entre los diversos imperios, comunidades y tribus del Nuevo Continente existió un comercio bastante activo y extendido, igual que intercambios de otra naturaleza, políticos, de conocimiento, etc. Ello está demostrado, fuera de toda duda, por las relaciones de los primeros Cronistas y Conquistadores, tales cual Balboa, quien refiere que Panciaco, el hijo mayor del Cacique Comogre, le habló de una tierra abundante en ore (Ecuador), situada «más allá de las montañas y sobre un mar distante de aquí (el Reino de su padre) seis soles. Es un vasto océano, navegado por barcos de vela y remos

como los suyos, aunque no tan grandes»¹, y que el Cacique Tumaco le describió y modeló en tierra una llama, bestia de carga empleada en el Imperio de los Incas. Tal intercambio, por lo demás, ha sido recientemente confirmado por el descubrimiento de objetos de manufacturas colombiana y peruana en Guatemala y en México². Aparte de ello, bien conocido es también el hecho de que los indios poseían embarcaciones de gran capacidad, lo cual solo se explicaría por su interés en entretejer comunicación entre sí, por vía distinta a la de tierra.

Como atrás hemos señalado, mucho antes de la llegada de los españoles el arte de trabajar el metal era conocido, en grado variado, acorde con el estado de civilización y de cultura y el material a su alcance, por una gran parte de la población indígena de América.

Hacia la periferia de la llamada «zona metalúrgica», el metal casi exclusivamente trabajado fue el oro: los minerales que usaban eran relativamente puros, y los métodos de trabajarlos se circunscribieron al martillado y al repujado. En el corazón de dicha zona, por el contrario, en una extensión comprendida del sur del noroeste de México hasta el centro de Chile y de la Argentina³, los metales empleados fueron más variados, el oro, la plata, el cobre, el mercurio, el estaño, el plomo, el platino, etc.; se hacían aleaciones de estos metales, y los procedimientos de trabajarlos abarcaban desde el martillado, repujado, soldadura y fundición, etc., hasta el grabado y la incrustación. Para la extracción, purificación y amalgamación del oro hicieron uso del fuego. Los objetos que manufacturaron, en grandes líneas, comprenden figuras y ornamentos humanos, entre estos últimos, cascos, cofias, anillos para la nariz y las orejas, collares, pectorales, pulseras, y animales, bien de líneas naturales, ya de formas antropomórficas. Otros objetos de su predilección fueron vasos y máscaras para decoración interior. Una observación interesante, tocante al platino, es que, en la extensión toda del continente, únicamente en Colombia y en el Ecuador fue empleado en joyería este precioso metal.

No obstante la extendida opinión que asigna al Perú haber sido el centro de origen del arte metalúrgico precolombino, de donde dicho arte se habría propagado hacia el norte, no hay que perder de vista el hecho incontrovertible de que varias de las más importantes contribuciones al desarrollo de aquél, como son el procedimiento de fundición llamado «a cera perdida»; el dorado

¹ Straw, Arthur: Sails and Swords. Brentanos: New York. 1928. Pág. 71.

² Lothrop, Samuel Kirkland: Coclé. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology. Harvard University. Vol. VII Cambridge, 1937.

³ Lothrop, Samuel Kirkland: Coclé. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology. Harvard University. Vol. VII Cambridge, 1937.

por el método de la «puesta en color»; la aleación del oro y del cobre, designada con el nombre de «guanín» o «tumbaga», etc., tuvieron su cuna en Colombia.

Conforme a los arqueólogos que la propugnan, la teoría según la cual el conocimiento del oro se habría extendido del Perú hacia la América septentrional estaría basada, entre las razones principales, en el hecho de que en la tribu de los Cunas, perteneciente a la familia Chibcha, en el Golfo del Darién, el viejo nombre quichua «cori» para designar este metal es aún empleado corrientemente. Este hecho, con todo, no nos parece tener el valor que se le atribuye para sostener tal teoría, en contraposición con las sobresalientes y fundamentales contribuciones de la metalurgia colombiana al desarrollo de dicho arte. El término quichua «cori» por oro, según las dos ediciones de 1604 y 1614 del que nosotros creemos ser el mismo vocabulario Quichua-Español del Padre maestro fray Juan Martínez, de la Orden de San Agustín⁴, o «ccori», según el más completo del Padre Diego González Holguín, de la Compañía de Jesús⁵, publicado en 1608, o, en ciertos lugares, la corrupción actual «curí», es verdad, es empleado frecuentemente por las tribus indígenas del Caribe, pero, es menester tener igualmente en cuenta que estas tribus tenían con el Perú, por mar, una comunicación más fácil que la que tenían por tierra con el interior de Colombia.

Etnológicamente, en tres zonas metalúrgicas principales, distintas de estilos, representación de las figuras, simbolismos, manera de trabajar el metal, etc., ha sido dividida Colombia. Ellas son:

1. El imperio de los Chibchas, Moxcas o Muyscas. Cuando la llegada de los españoles el reino de éstos se extendía sobre una gran parte de los territorios que hoy constituyen los Departamentos de Cundinamarca y Boyacá.
2. El dominio de los Quimbayas. Este se extendía a lo largo del valle superior del río Cauca, al suroeste del país, en particular sobre la región conocida hoy con el nombre de «Quindío».
3. El territorio o distrito de los Sinúes. Este se extendía a lo largo de la costa noroeste del país.

⁴ Fray Juan Martínez: Vocabulario en la Lengua General del Perú llamada Quichua, y en la española, nuevamente emendado y añadido de algunas cosas que faltaban. «En los Reyes»: Antonio Ricardo. 1604.

Arte, y Vocabulario en la Lengua General del Perú llamada Quichua, y en la lengua Española. «En los Reyes»: Francisco del Canto. 1614.

Debido a la circunstancia de no hacerse mención en el volumen del nombre del autor, y al hecho de haber sido éste impreso por el conocido impresor de la época, Francisco del Canto, erróneamente la edición de 1614 se ha atribuido a este último.

⁵ Padre Diego González Holguín: vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua quichua, o del Inca. «en la ciudad de los reyes»: Francisco del canto, 1608.

Bien que en líneas generales las técnicas o procedimientos de trabajar el oro eran dentro de la generalidad del país las mismas, los artesanos Chibchas tenían una manera completamente diferente a la de los otros centros metalúrgicos de América para trabajar el metal. En primer término, la calidad del metal por ellos tratado variaba considerablemente: a partir del oro más puro, iba hasta las aleaciones de grado más bajo, las cuales contenían un alto porcentaje de plata o de cobre. De otra parte, en general, los Chibchas ejecutaban o representaban sus figurinas en forma de placas, las cuales decoraban con dibujos demarcados mediante pequeños filetes de oro, algunas veces soldados en caliente, al martillo, otras, modelados primero en cera y luego fundidos «en bloque» con toda la pieza, por medio del procedimiento de la «cera perdida». A propósito de este último procedimiento es interesante anotar cómo, sobre las superficies planas del objeto terminado, frecuentemente es fácil distinguir ranuras o líneas finas impresas sobre el oro en el curso de la fundición por las espirales de cera.

Otras características del arte Chibcha son:

- a) Aparte del procedimiento de fundición, fabricaban objetos y piezas martillando el metal sobre un molde tallado en piedra u otra materia dura y resistente.
- b) A menudo, laminaban y repujaban piezas pequeñísimas.
- c) Comúnmente, las superficies planas eran dejadas sin pulir.

Cuál fuera el objeto y significado de las figurinas Chibchas es cuestión incierta. No habiendo conocido dicha comunidad la escritura —hasta donde se sabe—, y no existiendo relato contemporáneo sobre el particular, no se tiene indicio o prueba alguna exacta ha dicho propósito. De acuerdo con las primeras relaciones de los españoles, y según Restrepo- Tirado, Rivet, Joyce, Lothrop y Braunholtz, grandes americanistas, y de los arqueólogos que más a fondo se han ocupado de la cuestión, existen poderosas razones para suponer que muchas de ellas fueron hechas como ofrendas votivas a «deidades o ídolos» locales, en tanto que otras parecen haber servido de «dios», «talisman» o «fetiche» de hogar. La hipótesis de que tales figurinas encarnaban una cierta idea de protección parece estar reforzada con el hecho de que frecuentemente los indios se hacían enterrar con ellas. Algunas de ellas, es también posible, constituían simplemente de adorno personal, para colocar sobre el cuerpo o el vestido.

Cualquiera que sea la interpretación dada, el hecho concreto es que su apariencia no ofrece nada que revele algo especialmente sobrenatural. Por lo general, ellas definitivamente representan caracteres humanos, y se singularizan por ornamentos, armas o utensilios ordinariamente

empleados por los Chibchas en el curso de su vida diaria. En realidad, y en forma más simple, ellas son, puede decirse, retratos del pueblo que las fabricaba. Los hombres, comúnmente, portan en la mano, bien la «estólica» o «tiradera», con los correspondientes dardos o venablos, ora la cachiporra, o la lanza y el escudo, diversos de estos elementos a la vez, u otros objetos, lo cual sugiere que representan guerreros. Altos cascos o cofias, ornamentos de oro en la nariz y en las orejas, etc., denotan el rango noble de las personas que los llevan. Otro objeto común, llevado de ordinario por la mujer, es una vara sobre la cual se posan uno o dos pájaros, representación que probablemente tiene una significación simbólica. Algunas veces se encuentran también figuras de mujer que llevan niños en sus brazos. En general el sexo de la persona está claramente indicado, dado que las figuras no están vestidas.

Aunque algunas veces el arte Chibcha presenta ejemplares, de una delicadeza y de una filigrana que ofrecen la impresión de un fino brocado; no obstante se puede afirmar que él constituye el tipo de orfebrería más primitivo en una zona de producción metalúrgica tan avanzada como fue la de Colombia.

No disponemos de un suficiente número de piezas y de análisis para verificar si la muy interesante observación que, con base en las cifras presentadas por Lavachery, en su libro **Las Artes Antiguas de América**, a propósito del «Tesoro de los Quimbayas⁶, ha hecho el doctor Braucholtz, respecto a que en las figurinas Quimbayas comúnmente los hombres están trabajados en oro puro o casi puro, mientras que las mujeres están hechas en aleaciones de calidad inferior, es también aplicable a las **figurinas chibchas**.

El más avanzado de los centros metalúrgicos colombianos fue indiscutiblemente el Quimbaya. Dichos orfebres emplearon en sus obras casi únicamente el oro puro, o la aleación de oro y cobre (tumbaga). La plata y el cobre, solos, hasta donde es conocido, no les fueron familiares. Sus obras, en lo general, tuvieron más importancia en volumen y en peso que las de los chibchas. Las características de sus trabajos, según Lothrop⁷, pueden describirse brevemente como sigue:

- a) Amplio tratamiento de las superficies, mediante el esmerado pulimento, revelando en esta forma el esplendor del metal en toda su belleza, unido ello a la más delicada ejecución de las decoraciones y de los detalles.

⁶ Lavachery, Henry A: *Las Artes Antiguas de América*. (La civilización de los Quimbayas).Ediciones de «SIKKEL». 1929.

⁷ Lothrop, Samuel Kirkland: *Op. Cit.*

- b) Motivos complejos en relieve, compuestos de espirales y de bandas trenzadas, obtenidos por el procedimiento de fundición de la «cera perdida».

La última de las regiones en revista, de la de los Sinúes, produjo un gran número de ornamentos en oro y en aleaciones de oro y cobre, fundidos. Sus artesanos, con todo, no tuvieron la oportunidad de manejar igual cantidad de metal que los orfebres quimbayas o chibchas, como lo demuestra su menor maestría del detalle delicado. A pesar de ello, desarrollaron un estilo local vigoroso. Se caracteriza éste por una estructura relativamente sólida, y por la singular estilización de los miembros de sus figurinas humanas o compuestas, los cuales ordinariamente terminan en curva, así como por el tratamiento del adorno, casco o sombrero que éstas llevan sobre la cabeza, en forma de alas vueltas.

